

EL MÚSICO MARAVILLOSO

5º

En el Norte de Grecia, donde las montañas se elevan desnudas y solitarias hasta las mismas nubes, y los leones y los tigres caminan en los claros más salvajes, un gran río baja hasta el mar canturreando en su camino.

En un valle de las montañas que atraviesa el río, había una extraña urna de mármol en lo alto de un pedestal de piedra, y los pastores del valle solían detenerse para mirarla admirados y contar a sus amigos de la ciudad la historia de aquel monumento.

Se decía que en la urna descansaban los huesos de Orfeo, el primer poeta y el músico más grande de todos los tiempos. Todavía cantaban los pastores algunas de sus canciones, aunque no lo hacían con mucha habilidad, y noche tras noche señalaban su arpa o lira que ahora luce entre las estrellas del firmamento.

-*"¿Pero es cierto que sus huesos están en la urna?"*, preguntaban con cierta duda los habitantes de la ciudad.

-*"Así dicen"* -respondían los pastores-, *"pero nunca nos atrevimos a mirar, pues existe una profecía que dice que si el sol brilla sobre los huesos de Orfeo, un jabalí destruirá nuestra ciudad."*

Los de la ciudad rieron de esas palabras.

-*"Un jabalí no podría hacernos daño"* -dijeron- *"son feroces, pero no lo bastante grandes o fuertes para destruir nuestras murallas y casas de piedra."*

Y así se burlaban de los pastores y de la extraña urna de piedra.

-*"¡Orfeo!"* -exclamaban- *"No creemos que sus huesos estén en la urna, y en cuanto al poder mágico de sus canciones... bueno, esa es otra historia"*.

Pero un día se les demostró que estaban equivocados y que eran muy necios, y lo comprobaron de un modo extraño y maravilloso.

Un joven pastor, fatigado de seguir a sus rebaños por las laderas de la montaña una calurosa mañana de verano, al mediodía, se acostó a dormir a la sombra del pedestal, con la cabeza apoyada en su base.

Durmió unos minutos serenamente, sin moverse. Pero al poco rato, aunque seguía dormido, comenzó a murmurar palabras y melodías. Los otros pastores se acercaron a él, sin saber si debían despertarlo o no, y también se acercaron algunas personas de la ciudad que estaban de visita en el Valle de Orfeo, murmurando entre sí, mientras se burlaban de los pastores y de su urna.

De pronto, el pastor dormido comenzó a cantar, y todos los que estaban a su alrededor guardaron silencio de inmediato y lo escucharon boquiabiertos, presos de un extraño sentimiento de asombro.

En su canto relató la extraña historia de Orfeo, el Músico Maravilloso. Cantó cómo había nacido Orfeo en los montes altos, sin que nadie supiera quiénes eran sus padres, ni quién le enseñó a tocar la lira de siete cuerdas ni quién le enseñó a cantar las primeras canciones y poemas de todos los tiempos; cómo Orfeo recorrió el mundo adquiriendo conocimientos y viendo cosas maravillosas, cómo viajó a una isla distante donde una gran serpiente a montaba guardaba junto un árbol enorme del que colgaba el Vello de Oro que nadie podía robar... hasta que Orfeo la hizo dormir con su melodía más dulce.

Entonces Orfeo regresó a Grecia y recorrió los montes y los valles, consolando a las personas en sus penas y en sus temores. Y su música era tan dulce y tan hermosa que los leones y los tigres salían de los bosques para seguirlo, los lobos se acurrucaban junto a él como perros y le lamían los pies; los jabalíes se sentaban y lo escuchaban hechizados, y los pájaros guardaban silencio asombrados cuando escuchaban sus canciones. Hasta las rocas frías de las laderas de la montaña se movían hechizadas por su música, y los árboles movían sus raíces y se reunían a su alrededor, mientras las flores crecían y se amontonaban para escucharle cantar, y los arroyos se detenían y olvidaban seguir su camino hasta el mar distante.

Todos los que conocían a Orfeo lo amaban, pero él no respondió al amor de nadie, hasta que encontró a la encantadora Eurídice y cantó para ella el primer Himno de Bodas cuando los pastores y las pastoras de Grecia se reunieron en la fiesta de casamiento, mientras las hadas del bosque y las montañas se acercaban para atender su canto.

Orfeo y Eurídice vivieron muy felices un tiempo en aquel mundo dorado del verano, donde la música y las hermosas canciones del Músico Maravilloso parecían disipar todas las preocupaciones.

Pero un día, Eurídice recorría sola el valle fértil recogiendo flores, cuando de pronto se encontró con un pastor extraño y salvaje, que había llegado de la distante Isla de Sicilia para enseñar al pueblo de Grecia a hacer queso, y para aprender a cambio cómo hacer vino. Aquella mañana, después de haber probado la noche anterior su primera copa de vino y había probado demasiado tambaleándose por el valle, y Eurídice pensó que debía ser un sátiro o un ladrón.

Entonces se volvió lanzando un grito de terror, y se echó a correr ladera abajo hasta donde Orfeo estaba tocando la lira mientras componía una nueva canción. En su carrera, Eurídice tuvo la desgracia de pisar la cola de una serpiente que dormía en el pasto, a la que despertó de pronto y le picó con su colmillo venenoso en el tobillo.

Sollozando de dolor, Eurídice cayó junto a Orfeo y un momento después murió. Con el corazón destrozado por la muerte de su esposa, Orfeo se quedó sólo para cantar una melodía *un Himno Funerario* en el entierro de Eurídice, y después recorrió toda Grecia. Los árboles inclinaban sus ramas y lloraban cuando él pasaba tocando tristemente la lira.

Sin embargo, no viajó sin rumbo; sabía muy bien a dónde se dirigía, y al fin llegó a una oscura caverna abierta en una grieta negra y solitaria, en las rocas que ningún pájaro sobrevolaba. Era la misma caverna por la cual pasó Psiquis en su viaje hasta la Tierra de los Muertos, y esa era la idea que se le había ocurrido a Orfeo para recobrar a su esposa. Y si no

regresaba de la Tierra de los Muertos, eso no tenía importancia para él, pues no valía la pena vivir sin Eurídice.

Bajó Orfeo a las sombras, tocando la lira y cantando como sólo él sabía hacerlo, y los murciélagos que colgaban en el techo de la cueva lo siguieron en una procesión interminable.

A veces caminaba en la oscuridad, a veces una luz verdosa parecía emanar de las rocas para mostrarle el camino retorcido, el laberinto de pasajes y las grandes grietas del suelo irregular.

Al cabo llegó a la penumbra triste y gris del Averno, y al poco rato se acercó al Río de la Muerte donde el Gris Barquero de los Muertos aguardaba para cruzar los espíritus de quienes habían recibido adecuada sepultura con la moneda de cobre bajo la lengua.

-¡Nadie pasa por aquí a menos que pague el pasaje!", exclamó de mal modo. *"¡Y los vivos que vienen por aquí lo hacen con riesgo de muerte!"*

Orfeo no le respondió una palabra; echó la cabeza hacia atrás y cantó con mucha dulzura, mientras sus dedos se deslizaban por las cuerdas de la lira.

El Barquero Gris nunca había oído música antes, y lo escuchó como en un trance. Entonces, cuando Orfeo avanzó, sin dejar de cantar acompañándose con la lira, le hizo un lugar en la Barca de los Muertos y lo cruzó sin cobrarle pasaje.

En la orilla opuesta, Orfeo siguió su camino sin volverse a ningún lado, y sin detenerse ante nada ni ante nadie. Siempre tocaba la lira y cantaba las canciones que ninguna voz humana pudo jamás igualar.

Así llegó al Palacio de la Muerte, y al llegar a la entrada, el gran perro de tres cabezas que guarda a los muertos se precipitó gruñendo contra él, mientras las víboras de su melena silbaban muy fuerte y goteaba el veneno de sus colmillos repletos.

Orfeo se detuvo y deslizó los dedos por las cuerdas de la lira, mientras su canción cambiaba a una melodía aguda y penetrante. Entonces el perro de tres cabezas se sentó, echó hacia atrás éstas y aulló deleitado, mientras Orfeo pasaba a su lado sin el menor inconveniente.

Entró en el Palacio de la Muerte hasta llegar al trono negro del Rey y la Reina de los Muertos.

El Músico Maravilloso cantó entonces su melodía más dulce, y tocó la lira hasta que los más perversos abandonaron un momento sus castigos interminables para escucharlo. El cruel rey Sísifo dejó de empujar la roca hasta lo alto del monte, el sediento Tántalo olvidó inclinarse hasta el agua que siempre se alejaba cuando acercaba los labios, y muchos olvidaron sus penas y des- cansaron un momento de sus tareas inacabables, mientras Orfeo cantaba y tocaba la lira.

La Reina de los Muertos apoyó la cabeza en la mano y lloró. Y cuando al fin Orfeo dejó la lira y se arrodilló ante ellos, el Rey de las Sombras le dijo con voz fría y lenta:

-“Músico Maravilloso, nunca se habían oído estos sonos en esta tierra sin alegría, ni volverán a oírse. Pero por tu osadía y tu gran amor, y también por la gran dulzura de tu música, te concederé un pedido: aunque nunca se permitió antes que el alma de un mortal

regresara a la Tierra a pedido de una persona mortal, vuélvete y regresa por el mismo camino que viniste, tocando y cantando para ganarte el permiso de salir de mi reino. Eurídice te seguirá hasta el mundo de la vida, pero no debes mirar atrás para ver si te sigue; no debes detenerte en el camino hasta que llegues otra vez a posarte donde brilla el sol, pues si lo haces, perderás a Eurídice para siempre.

Entonces Orfeo se puso de pie, agradeció al Señor de la Muerte y a su pálida reina, y emprendió el regreso. Pero al volverse vio una sombra gris que avanzaba lentamente como para seguirlo.

Salió del palacio y su música volvió a dominar al perro de tres cabezas, y el Barquero Gris lo llevó otra vez hasta la orilla del Río de la Muerte sin pedirle el pasaje. Entonces comenzó a subir por el túnel largo y retorcido que daba vueltas y más vueltas, siempre en la oscuridad o iluminado apenas por la pálida luz verdosa, junto a las piedras agudas, subiendo la pendiente, hasta que se sintió casi agotado.

Al momento vio un pálido resplandor de verdadera luz, y con un grito de alivio se esforzó por subir.

Al poco rato, alcanzó a ver la boca de la caverna, las hojas verdes y las ramas de los árboles que brillaban con los rayos del sol, pero el camino había sido largo y difícil.

-¿Y si Eurídice no hubiera podido seguirlo?

¿O hubiera caído en algún precipicio entre las rocas?

¿Si no hubiera pasado siquiera el Río de la Muerte?

Preso de pánico, Orfeo se volvió y miró a sus espaldas. Y allí vio a Eurídice, pálida y hermosa, y le extendió los brazos con un grito de alegría. Pero al hacerlo, advirtió que manos invisibles le arrebataban a Eurídice y la hundían en la caverna donde pareció disolverse en una sombra fantasmagórica; después desapareció. Y su voz murmuró en la oscuridad, como un suspiro del viento:

-“¡Adiós! ¡Adiós!”

Fuera de sí de dolor, maldiciéndose por su ansiedad al olvidar la condición del Rey de los Muertos, Orfeo corrió a tropezones en la oscuridad tras su pérdida Eurídice, hasta que llegó nuevamente al Río de la Muerte.

Pero el Barquero Gris no quiso cruzarlo a pesar de las dulcísimas canciones que entonó, y más allá del río estaba el perro de tres cabezas, que ladraba y gruñía con todos sus colmillos dispuesto a morderlo.

Desesperado, Orfeo se volvió por fin y se abrió camino hasta la luz del día. Pero tenía el corazón destrozado y desde entonces erró por los bosques y por las montañas solitarias. Y cuando se detenía para tocar, las bestias y los pájaros se amontonaban a su alrededor para escucharlo, y hasta los árboles y las piedras se movían de sus lugares para escuchar las melodías tristes y dulces del Músico Maravilloso.

Así cantó el pastor durmiente la vida de Orfeo, mientras descansaba con la cabeza apoyada en la base del pedestal que sostenía la urna donde estaban los huesos del Músico

Maravilloso; y los pastores y la gente de la ciudad se acercaron cada vez más para escuchar el prodigio.

Y el pastor siguió cantando en sueños para decir que Orfeo erró por esos mismos bosques, sin amar a ninguna de las mujeres que poblaba los montes en aquella época, pues seguía enamorado de Eurídice y sólo a ella le era fiel.

En su canto dijo que, al final las mujeres enloquecieron de celos y mataron a Orfeo con sus propias manos, destrozaron su cuerpo arrojando la cabeza al mismo río que canturreaba junto a ellos en su camino hasta el mar.

Dijo que las mujeres se arrepintieron de lo que habían hecho cuando era demasiado tarde, dijo que huyeron por las montañas hasta el valle vecino, y trataron de lavar la sangre en el río que corría allí. Pero el río, que también había amado a Orfeo, se alejó horrorizado de sus manos manchadas de sangre y se hundió bajo la tierra allí mismo, para surgir sólo cuatro millas más allá como podía verse hasta ese día.

También contó que las mujeres se quedaron inmóviles de vergüenza y horror, echaron raíces y crecieron, pues se convirtieron en árboles; dijo que la cabeza de Orfeo flotó río abajo hasta el mar, sin dejar de cantar en su camino, y después fue arrastrada hasta una isla famosa en épocas posteriores por sus poetas y cantantes; y dijo que los huesos habían sido colocados en aquella misma urna donde descansaba su cabeza.

Mientras el pastor dormido terminaba su canto de Orfeo, los hombres y las mujeres de la ciudad se acercaron más a él, y en su afán derribaron el pedestal, de modo que la urna cayó al suelo y se rompió.

Después, cuando el pastor despertó y se puso de pie para ver qué ocurría, -pues no recordaba nada de lo que había cantado en sueños-, uno de los pastores más viejos exclamó:

-*¡Miren! ¡La urna se ha roto y los huesos de Orfeo están desparramados en el suelo!*"

-*¡Sí!*" agregó otro pastor- *"¡Y el sol brilla sobre ellos!"*

Al poco rato, los de la ciudad regresaron a sus casas, murmurando que era una tontería suponer que un jabalí sería capaz de destruir su pueblo; pero así mismo sentían cierto temor.

Y aquella noche se produjo una terrible tormenta de truenos en lo alto de la montaña, cayó un fuerte chaparrón y las aguas del pequeño río llamado Jabalí salieron de su cauce y bajaron en torrente desde las montañas y barrieron aquella ciudad, de modo que a la mañana siguiente no quedaba piedra sobre piedra.

Pero los pastores enterraron los huesos de Orfeo en su valle, y cerca de su tumba los ruseñores cantaban con más dulzura que en cualquier otra parte del mundo.

Aportación de Colegio Waldorf Lima